



La belleza animal como maldición

GISELA VICO

Si tomamos una pluma en nuestras manos y la miramos detenidamente, podemos apreciar la perfección de la naturaleza. Si además nos dejamos llevar por su variedad de tonos verdes, su frágil textura y su hermosa suavidad, fácilmente entraremos en un mundo mágico, un mar de sueños y completa armonía, donde el canto de los pájaros envuelve incluso a los corazones más desgastados. Con una pluma también podemos sacar sonrisas, basta con rozar una mejilla suavemente para provocar un cosquilleo dulce, que rápidamente hará olvidar las penas del día y la tristeza que a veces ahoga nuestra alma.

Pero eso no es todo lo que nos regalan las flores del cielo. Su canto es otro tesoro que debemos aprender a valorar. Las notas que entonan sus robustos pechos hacen nuestro despertar más sano y hermoso. Ese conjunto de sonidos se asemeja a una fiesta de la alegría, donde los invitados somos los humanos, sin siquiera saberlo la mayoría de las veces. Si pusiéramos atención a sus voces de paz, nuestra vida transcurriría con tonos más relajados y la convivencia con otros seres sería más armoniosa. Los pájaros son criaturas tan puras que sin importarles el lugar en el que se encuentren, siempre son bondadosas con su hablar y endulzan nuestros oídos sin pedir nada a cambio. Los pájaros, además, tienen otra gran cualidad, envidiada por los hombres desde hace largos años. ¿Quién no ha querido volar? Sentir el eterno abrazo del viento, siendo un frágil cuerpecillo, carga de energía positiva hasta al ser más tenso. Compartir con las nubes su espacio, hace que estas gloriosas criaturas adquieran un valor superior, pues son únicamente ellas las que nos pueden susurrar al oído los secretos del sol y la luna. Como seres humanos tenemos la bendición de mirar al cielo y ver el revoloteo inocente de esas preciosas aves, podemos disfrutar de todo un espectáculo acostados sobre una cama de flores y ellas no se detendrán, más bien gozarán el doble al ver un público tan satisfecho. Pero lamentablemente la vida de estos animalitos no siempre alcanza la gloria. Los seres humanos nos hemos dado a la tarea de manchar este cuento de hadas y, sobre todo, de no reconocer que las aves son parte intrínseca de nuestra felicidad.

Si fuéramos justos, reconoceríamos de inmediato que las plumas, esas sencillas pero perfectas herramientas de felicidad, provienen de los pájaros, y que sin ellas, ellos no pueden vivir. Si no fuésemos tan egoístas, respetaríamos la belleza de un ave y la dejaríamos volar libre, en vez de encerrarla entre espantosas rejas frías que matan toda ilusión de vivir. Pero lo que realmente desgarrar cualquier buen corazón es que la maldad no termina allí, los demonios que se esconden entre nosotros además son capaces de mutilar a estas criaturas y llevarlas a situaciones extremas de maltrato, donde los mismos pájaros, a pesar de ser concientes de la gran belleza que refleja cada una de sus plumas, se las arrancan con la esperanza de que su fealdad quizás les compre la libertad. ¿Y qué hay de su cantar, respetamos acaso ese dulce entonar? Hemos llenado las calles de ruidos, utilizamos nuestra propia voz para herir y opacar todo grito de libertad. Debemos reconocer que para alivianar el peso de un día de trabajo buscamos un lugar tranquilo, lo más cerca posible de las creaciones de la naturaleza, donde el cantar de las aves nos devuelve el aliento, nos cierra los ojos y nos traslada a ese mundo mágico que logramos alcanzar con la caricia de una pluma. Si fuéramos justos, respetaríamos sus voces y, al oírlas entonar, haríamos silencio.

La tenencia de aves en cautiverio en nuestro país es lamentable y parece no acabar. Ya no se sabe si quien viola las fronteras de una montaña virgen es más culpable que quien espera en la gran ciudad pagar unos cuantos pesos por esa vida que, simplemente por su belleza, ha sido condenada a cadena perpetua. Lo cierto es que, sea quien sea el infractor, están apagando la vida de preciosas criaturas, que no solo terminan muertas en alguna sucia jaula, sino que además no tuvieron la posibilidad de continuar con un ciclo de vida exitoso con el que hubiesen podido iluminar la carita de un niño de nobles sentimientos cuando, jugando en un jardín, tiene la suerte de ver un nido con pichoncitos.

Con frecuencia me pregunto si tendré la suerte de vivir un día en el que las personas respeten la vida de los seres que nos rodean, que no acudan al maltrato de los animales como una respuesta estúpida a su complejo de superioridad, o que no encierren a un ave por su belleza.

Gisela Vico, abogada, es presidenta de la Asociación Nacional Protectora de Animales.

